El antídoto

Apretó sus manos, convirtiéndolas en puños, vacilaba sobre si mostrárselas a su jefe, muy de cerquita, lo suficiente para que este saliera disparado bruscamente de espaldas con su costosa silla incluida; al final, las mantuvo ahí, escondidas detrás del escritorio, prefiriendo limitarse a una frase:

–Gracias por la oportunidad –tomó su pago de 5 días y marchó a casa, como todos, como lo recomendó (exigió) el gobierno, pero él, como novato, no contaba con goce de sueldo–. Espero volver pronto.

Nunca hubo riesgo de violencia, si despreciaba a alguien era a sí mismo, y quizá a su exnovia, considerándola causante de su aislada depresión de mes y medio, razón misma por la que no había buscado trabajo hasta hace una semana, en pleno arribo del virus al país, cuando la mayoría de la población, incluso siendo imprudente, creía que no se podría extender; pero a ella, a su ex, tampoco la lastimaría , Raúl no es mala persona.

–Solo es un mes más –se decía metido en su sala, mirando las noticias en absoluta soledad–. Puedo resistirlo.

No estaba seguro de que fuera así. En su estado de depresión, creyó que bastarían los pocos víveres que compró (con el escaso dinero que le remuneró la empresa, junto con el poco de sus ahorros) para ese tiempo estimado que dictaminó el gobierno.

Viviendo de esta manera no es complicado asimilar que pasaron 11 días sin novedad alguna, ni siquiera recorría llanamente su casa; la cocina, la sala y el baño eran sin duda las piezas más visitadas.

Sin embargo, al caer la noche en ese onceavo día, al él ya estar acurrucado en su recámara, unas pisadas y una áspera risilla, provenientes de –probablemente– su cocina, comenzó a amedrentarlo.

«Seguramente es un ladrón –pensó–. Como sea, no poseo algo verdaderamente valioso que pueda llevarse, la comida está vigorosamente resguardada, a excepción de la poca del refrigerador… Probablemente… la televisión, o… lo que es más importante: ¡el papel higiénico!, ya es suficiente con mantener la mente desordenada como para también tener el cu…erpo así».

Esa idea lo hizo armarse de valor, tomar de su caja de herramientas una gran pinza metálica y ver lo que ocurría.

Recorrió, tambaleándose de pavor, algunos cuartos. Al fin su miedo fue mayor y no pudo evitar gritar:

–¿Quién anda allí?

El posible ladrón no pensó que sería buena idea contestar, o quizá ya se había marchado. Raúl se dirigió al almacén, el papel se encontraba intacto, no había porque preocuparse. Volvió a la cama.

Nuevamente escuchó ruido a la venida de la luna siguiente, está vez no salió a ver sino hasta la sucesiva mañana, y al no encontrar desperfectos echó agua bendita por toda la casa pensando que se trataba de algún espectro. La treceava noche durmió tranquilo hasta que los pasos lo despertaron de nuevo, y esta vez, hastiado, no vaciló, salió fugazmente de su habitación, y lo vio. Sus bocas crearon al unísono un estruendoso grito.

Y minutos después, ambos tomaban un rico café en la sala.

–Debió ser muy difícil –animaba Raúl a su nuevo acompañante.

–No se imagina –respondía el todavía desconocido–. Esos letreros de "Quédate En Casa" no dejaban de aparecer por toda la ciudad. Todo esto resulta ser hasta cómico, yo me iba a los sitios que consideraba mi hogar, un monumento, una banca del Parque Las Américas y un callejón poco transitado, mas la policía no dejaba de expulsarme de ahí, repitiendo siempre lo mismo: *Váyase a su casa, por favor*. No sé si mis harapientas vestiduras no les decían nada, pero yo soy lo suficientemente orgulloso para haberles recordado que soy un vagabundo. Supongo que existen actos más importantes que atender, por lo que la gente en mi situación pasa a un segundo plano. Y heme aquí.

–Dices que entraste por la puerta principal, ¿cierto?

–Así fue. Sé que es un acto de lo más bajo, el entrar de contrabando, pero intenté pedir de la mejor manera alojamiento en otras casas, siempre sin éxito. Mientras sacaba las innumerables bolsas de basura, aproveché su ensimismamiento para ingresar. No quiero juzgar, a decir verdad no estoy en posición, no obstante, miro también el desorden de aquí, y creo que debería ser más cuidadoso.

–Tú tampoco lo eres tanto. Escuché tus pisadas desde el primer día que llegaste, hace 3 días.

–Lo siento, necesitaba ir al baño.

–No te preocupes.

–Por cierto, me llamo Raúl.

–¿Tienes otro nombre?

–No. Me apellido Morales

–¿Te importa si te llamo Morales? Yo también me llamo Raúl, y…

–No hay problema. Por cierto, no tomé nada de sus suministros, traje los míos, aunque seguramente me durarán hasta mañana por la tarde.

–Puedes…

–No lo haga –interrumpió Morales–, estoy acostumbrado. Ya es suficiente con poder estar aquí, bajo un techo.

–Por favor, no puedo permitir eso, de lo contrario voy a pedir que te marches –insistió en tono serio Raúl, mas luego se carcajeó, hace tanto tiempo que no lo hacía, ambos se carcajearon –Lo digo en serio–. Y volvió a adquirir su tono reservado.

Morales, confundido, no sabía que pensar. Pero agradeció.

–Usa el cuarto de invitados –prosiguió Raúl–. Está polvoso y la colchoneta es vieja, sin embargo, con una limpiada… ya sabes.

–Tampoco puedo renegar sobre seguir durmiendo en tu olvidada bodega, ¿cierto?

–Supones bien. ¿Sabes?, no soy muy sociable, De no ser necesario, no tenemos que hablar. Pero, estás en tu casa.

Y eso no le molestaba a Morales en absoluto, estaba acostumbrado a ser ignorado. Agradeció de nuevo y se retiraron a su habitación.

Y sin hablar, sin mirarse siquiera, vivieron como un par de fantasmas atrapados en dos distintas dimensiones; lo único que los reunía cada tarde a la designada hora, era el televisor, Raúl en el cómodo sofá, y el impersuasible Morales en el suelo, alegando mayor frescura y comodidad. No dejaban de informarse de las mejoras, empeoras y descensos por el virus que los mantenía en confinamiento.

–Está crítico, ¿no? –comentó Raúl en una de esas sesiones.

–Sí.

Y fueron las únicas palabras cruzadas en mucho y por mucho tiempo.

Las ensordecedoras manecillas de los relojes habían recorrido ya cientos de vueltas sobre el mismo punto; la comida, a pesar de la acostumbrada dieta de los ocupantes, comenzaba a escasear; la casa, a excepción de la cocina, que Morales se esforzaba por mantener limpia, parecía pudrirse; en cuanto a sus ocupantes, sus cabellos y uñas crecían sobremanera, y de no ser porque sus corazones estaban inconmovibles desde hace tiempo, habrían enloquecido. La idea de que *todo* acabaría pronto, los animaba, ya podrían ser otros más adelante.

Lamentamos informarles, estimados televidentes –rezaba una tarde el informante de gobierno–. *Que dada la insuficiente participación de la población por mantener las recomendaciones sociales y sanitarias, el ascenso de casos registrados, […]. Hemos entrado a la siguiente fase del virus. Así es ciudadanos, la cuarentena se agranda por tiempo indefinido, seguimos exhortándolos a que sigan las recomendaciones para evitar subir nuevamente de fase y alargar los días de aislamiento, entrar a esta fase significa…*

–Debemos de dejar de ver las noticias un tiempecillo –dijo Raúl tras dejar atrás su cómodo sofá–. Esto no va a cambiar de la noche a la mañana.

–Ni en mucho tiempo –proliferó Morales–. Conozco a la gente de este país. Esto durará meses.

–Iré a mi habitación –masculló con indiferencia Raúl. De camino, se detuvo a medio pasillo, una idea lo aturdía–. ¿Sabes qué? Estoy harto.

Tomó un mazo y arremetió contra el subsecretario de salud que se escondía en la pantalla. El calendario y todo indicador del *tiempo* (con una pequeña excepción) fueron las siguientes víctimas de lo que el asustado Morales catalogó como el inicio de una serie de eventos desvariados. Raúl volvió a sentarse, fatigado.

–¿Y ahora qué? –proliferó Morales.

El anfitrión lo pensó, luego sin contestar, recorrió la casa, tomó fotos y las subió a internet. Su plan consistía en intercambiar esos artículos “insignificantes” que tenía de más, por víveres. Pasó casi una semana antes de recibir la primera oferta, pero esta fue tan inesperada que dudó en hacer la transacción:

"Estimado Sr. Raúl, me dirijo a usted de la manera más amable, mi nombre no importa, mi padre es R… I… P…, famoso científico. Estábamos de vacaciones, en esta segunda casa, tierra donde nació, cuando comenzó todo. Teniendo un laboratorio aquí, y ya que él afirmaba tener el instrumental necesario para el objetivo propuesto… su hazaña final, y la que también le costó la vida, fue tratar de encontrar la cura del virus que tan atemorizados nos tiene. Le digo esto para que comprenda la siguiente propuesta. Por las fotos he advertido su casa, la cual se encuentra e escasos metros del laboratorio donde mi padre intentó su proeza, y donde seguimos la familia que dejó: un padre, una esposa y tres hijos, dos menores de edad. Debido a que aquí, el espacio ha sido adecuado a ser un laboratorio, no queda aparte más que dos pequeñas habitaciones.

No podemos regresar, por el momento a nuestro lugar de origen, ya que la concentración del virus allá es muy alta; nosotros sabemos tan poco de ciencia que nos es imposible seguir la encomienda de mi padre, y doliéndonos su ausencia, sobre todo en este lugar… Queremos intercambiar de casa, al menos el tiempo que dura la cuarentena.

Estoy consiente que la idea puede sonar un tanto descabellada, por eso mismo le ofrezco también un sobre con el dinero suficiente para que usted y un acompañante (si es que lo tiene) puedan vivir sin limitaciones el tiempo necesario.

Quedamos a la espera de su respuesta, deseando no haber ofendido de ninguna manera a su persona, esa jamás sería mi intención.

–Lo haremos –gritó entusiasmado Raúl–. Da igual si se trata de un laboratorio o una funeraria, necesitamos el dinero.

–Y de cualquier manera la situación no podría ser mayormente propicia.

–¿A qué te refieres?

–Si el fallecido hombre de ciencia afirmaba poseer lo suficiente para encontrar la cura, nosotros podríamos…

–¿Enloqueciste?

–Hay algo que tienes que saber… soy…

–¿homosexual? No te preocupes, lo supuse por tu manera de caminar.

–Científico.

–¡Oh!, y, ¿cómo llegaste a ser… lo que eres actualmente?

–Es una larga historia. Yo…

–Realmente no importa, ¿sabes lo que esto significa? Somos la esperanza de la humanidad.

Por el tono con el que lo dijo, y con la acción que se tomó posteriori, Morales confirmó que algo había cambiado en su compañero, aunque nunca pudo definir si para bien o para mal.

Realizaron la transacción, con todas las medidas pertinentes.

Felices, se dirigieron al supermercado, Raúl convencido y Morales alarmado por la desquiciada forma en la que obraban, mas su puesto de fiel Sancho Panza no le dejaba muchas alternativas. Caminaron todo el trayecto, armados (cubiertos) hasta los dientes con trajes NBQ, no como burla, no con un inaudito horror, sino como juego, sí, imaginaban ser niños (al menos uno de ellos), niños que a su vez son hombres, sobrevivientes a la horda de zombis que amenaza con destruir el mundo; ellos serán los salvadores, mas ese deseo no es un juego. Saltan de calle en calle, evitando encarecidamente a los demás transeúntes, quienes los miran con recelo, luego ríen al leer sus letreros en la espalda: *Tomen la debida distancia, somos la esperanza*.

Adquirieron lo necesario para vivir la peor de las habidas pandemias.

–Ahora te pertenezco, dime que hacer, tú eres el experto, pero haré lo que pueda por ayudarte. Saldremos millonarios de aquí –dijo Raúl al estar en el laboratorio–. He roto incluso mi celular, lo último que restaba por resquebrajar, ahora no habrá distracción alguna.

Esa afirmación resultó no ser tan cierta para Morales, pues era frecuentemente hastiado por su compañero. He aquí uno de sus convencionales convivencias:

–¡No Raúl!, no –reprochaba Morales, quien incluso había perdido, desde hace tiempo, su actitud sumisa para con Raúl–. Ya te dije que no necesito ningún ingrediente de la cocina para la cura, eso obviamente incluye a la jalea, y no me interesa que haya mucha, desconozco porque compraste tanta, pero no la ocupo.

–Yo solo intento ayudar, no tienes por qué portarte así –Raúl se cubrió el rostro con las manos y salió del laboratorio llorando como infante mimado, claramente se estaba tomado muy en serio su papel.

Al poco rato volvió a entrar, cuando Morales estaba más concentrado que nunca, transcribiendo una fórmula:

–¡Moooo-raaaaa-leeees!

–¿Qué necesitas, Raúl?

–No me pareció correcto que nos quedáramos con la discusión de hace rato, te disculpo, y como muestra de ello, mira, horneé un pastel.

–Gracias, no tengo hambre.

–Por favor, y prometo no molestarte lo que resta del día.

Determinar ese tiempo era absurdo, bajo las paredes que los resguardaban, y a falta de ventanas, ignoraban si la oscuridad o luminosidad reinaba en el cielo, mas pensando que ese “resto del día” significaba un lapso considerable, aceptó encantado. En verdad el pastel se apreciaba apetitoso, tomó una rebanada, y esperanzado en acabarlo pronto, dio un gran mordisco. Lo escupió a las primeras masticadas, y exclamó:

–¿Qué diantres te pasa?, esto está lleno de ajo y comino.

–¡Caíste!, eso es para que no se te olvide quien manda aquí. Ahora sí ya te perdoné, estamos a mano –y salió corriendo nuevamente, esta vez con una gran sonrisa.

En efecto, no volvió a molestar algunas horas, sin embargo Morales se molestó tanto que prefirió ir a dormir, temprano como nunca antes.

Decir que la actitud de Raúl era la única despreciable, sería incorrecto. Morales, por su parte, como no pudiendo dejar de abrasar la tóxica relación, se quejaba con estruendo cada vez que las cosas marchaban en paz, sentía llevar todo el peso sobre sus hombros, y al no poder manejarlo se consideraba inepto, eso lo estresaba.

En algún momento indefinido, entre sus discusiones, Morales empezó a llorar.

–No puedo más –exclamaba con un claro nudo en la garganta–. Yo no. tú eres el maldito problema. Me voy.

Abrió la gruesísima puerta de metal que fungía como entrada principal, y lo hizo. Raúl ante la inesperada resolución no supo cómo reaccionar, se quedó estancado el tiempo que su compañero estuvo fuera: unos 5 minutos.

–Raúl, tienes que ver esto –comentó Morales agitado, al entrar de nuevo.

Los dos salieron, el sol estaba en su mayor apogeo, las calles totalmente vacías, el mercado que se encontraba a escasos metros, y que esperaban encontrar con una gran aglomeración de gente, deshabitado. Ni una sola alma. El sonido ininteligible de lo que parecía una radio en uno de los consiguientes puestos los atrajo:

…hoy, 5 de junio. Repito, Parque Las Américas. Vengan. El barco que nos encaminará a un lugar seguro ha zarpado. Felicidades supervivientes. Cambio y fuera.

Y fue lo único que alcanzaron a escuchar antes de que el aparato se quedara con estática.

Volvieron corriendo al laboratorio. La situación la tenían clara, ellos no estaban dispuestos a huir como un par de cobardes, ellos…

–Somos la salvación –exclamó Raúl al estar frente a frente, sentados en la pequeña sala.

–Si vamos a seguir con esto debemos poner todo de nuestra parte. Ambos –objetó Morales.

–Lamento haberme portado así. Me pareció buena idea aponerle sazón e esto, hacerlo divertido.

–También lo siento.

Se levantaron, se miraron fijamente a los ojos. Por primera vez tuvieron contacto físico, y un fraternal abrazo fue el causante.

–¿De verdad sigues pensando que somos la última esperanza? –preguntó Morales al volver a sus posturas.

–Ya no lo veo con los mejores ojos, pero sí.

–¿Y si no lo logramos?

–No pensemos en eso, sigámoslo intentándolo.

–Entonces, ¿qué hay de cuando lo logremos?

–Me dedicaré a lo que me apasiona, seré conductor televisivo internacional, no me interesa si tengo que empezar en la radio local. ¿Qué hay de ti?, ¿volverás a tu profesión?

–Sí, ya es hora de reivindicarme. Pero lo haré desde cero, puedes quedarte con mi parte del dinero.

–Sobre eso… ya no lo quiero. La economía estará devastada, me parece injusto pedir remuneraciones. Solo deseo que esto acabe.

–Voy al laboratorio –informó Morales, pero se detuvo en el marco de entrada, giró hacia Raúl–. Presiento que voy por un buen camino. Podría necesitar tu ayuda, si te parece.

Raúl asintió. Y por primera vez trabajaron armónicamente.

Por el tiempo ignorado que duró esa misión, lloraron, patalearon, enflacaron, se arrancaron los cabellos, pero no volvió a existir una hostil discusión. En muchas situaciones alguno de ellos quiso tirar la toalla, y el otro no lo dejó, eran un equipo.

Llegó el instante en el que gritaron de emoción, en el que su esfuerzo había valido la pena.

–Está lista –exclamó jocosamente Morales.

Y salen corriendo de ahí, ya habría lugar a un formal brindis. Ignoran y evaden todo obstáculo habido, nada de eso importa, ¡ellos son la salvación! Llegan a los laboratorios médicos.

–¡Tenemos la cura! ¡Tenemos la cura! –gritan con frenesí, pues en sus mentes eso significa tanto. Aún tendrán a que esperar a que la cura se distribuya para que todo vuelva a la normalidad. Ante su sorpresa oyen a la enfermera preguntar:

–¿La cura de qué?

–Del coronavirus –responden a la par, omitiendo lo que consideran obvio–. No nos interesa recibir ganancias, solo queremos que este maldito infierno termine.

–El virus desapareció hace mucho.

–¿Qué mes es? –pregunta Raúl.

–Mediados de mayo –responde la incrédula enfermera–. ¿Dónde estaban?, la cura llegó a la ciudad en junio, me parece que el 5. Toda la gente dejó sus quehaceres, y se dirigió a El Parque de las Américas. Fue toda una noticia, una celebración.

Los amigos se miran, no pueden evitar darse el más sincero de los abrazos, todo está bien.